

# Ceremonia al héroe\*

Jorge Eslava

Debió ser el sábado 25 de mayo de 1963 que mi padre, sentado en el sillón de la sala, suspende la lectura del diario *La Prensa* y me llama a voces. Está sobresaltado. Yo soy el mayor de sus hijos, el engreído, un niño ensimismado y sensible. Él me lee conmovido la carta de un padre destrozado por el dolor, ante la muerte de su hijo perdido en un paraje frondoso y miserable de nuestra Amazonía. Arrebatado, me relee algunas líneas...: "Una bala explosiva había abierto un boquete enorme, a la altura del estómago de mi infortunado hijo"... y luego mi padre se sume en el silencio. Yo me quedo mudo, perplejo ante el sufrimiento de mi padre que empieza a inundarme. No solo fue la primera vez que escuché nombrar al poeta guerrillero Javier Heraud, sino que fue la primera noticia que tuve de la brutalidad de nuestro comportamiento social y de la impiedad de nuestro sistema político. Contra esos hábitos infames, contra esos credos innobles se había rebelado hacía unas horas un joven dios —como lo llamó Sologuren— y había pagado caro su sacrificio.

Son muy pocas las vidas, en el ámbito cultural del Perú, que exhiben una experiencia

diamantina como la de Javier. Escribo diamantina en su acepción más simple: maciza y transparente. Una vida ejemplar que tantos han evocado y testimoniado en homenajes, publicaciones y versos. Pero son más escasas todavía las muertes elegidas y presentidas tan precozmente, asumidas con consciencia y anunciadas con entereza en sus poemas, sus dedicatorias y sus cartas. Una muerte que ilumina la oscura historia que nos precede y también la oscura historia que vivimos. Es la confirmación de que la utopía sigue siendo la llama que alienta a los visionarios; no animadas por el éxito en la misión que emprenden, sino por la rectitud de su andadura.

Para el héroe, la ética es siempre una postura trágica: su destino predestinado es morir para que la historia se eternice. Por eso más allá de consideraciones de ingenuidad o de perspicacia que despertaron su retorno al país, más allá del júbilo o del fatalismo en la lucha que libró, el sentido profundo de la ética de Javier fue ajustar el deseo por hacer el bien a la necesidad de actuar. De transformar sus palabras delicadas, sus ojeras de desvelo, sus ilusiones de justicia. Este impulso de con-

---

\* (Texto leído en la presentación del libro *Entre los ríos. Javier Heraud (1842-1963)*, en el Centro Cultural de la Pontificia Universidad Católica del Perú, el 23 de abril de 2014).

vergencia entre la aspiración y la conducta resulta para el héroe un camino irrenunciable. Así fue para Javier Heraud, quien asumió en la plenitud de su vida, cuando lo alumbraba la virtud poética, con una bondad que nos apena, con una generosidad que nos admira, la acción más difícil y digna por la felicidad de los demás. Su abnegación no es la aventura de un joven idealista ni una pesadilla de nuestros tiempos aciagos, es el monumento resistente y diáfano como un cristal de cuarzo que ha de sobrevivirnos.

Tal vez el texto más profundo que se haya escrito sobre "La muerte de Javier Heraud" pertenezca a Washington Delgado. Él señala que quienes repudian la revolución son aquellos que repudian la violencia. Y explica Delgado: "Piensan que la violencia, y están en lo cierto, es irracional y es inhumana. (...) Hay una verdad que brota de la muerte de Javier Heraud y que no hay que callar. Él fue mi amigo y yo lo conocí y sé que era bueno desde la punta de los dedos hasta el fondo del alma; y cualquiera que lo haya conocido podrá atestiguarlo. Yo sé que era inteligente y lúcido; cualquiera que haya leído sus versos podrá atestiguarlo también. Un hombre bueno, inteligente y lúcido puede equivocarse, pero no actuar irracional e inhumanamente. ¿Por qué si la revolución es violencia, y la violencia sinrazón y barbarie, Javier Heraud abrazó su camino? La respuesta es una de las grandes enseñanzas que nos deja su muerte. La revolución no crea la violencia. La violencia está en el mundo, existe en el mundo. Leamos cualquier libro de historia y al final tendremos una imagen de ferocidad y sangre".

Sobre la dramática travesía de este muchacho eterno ha suscrito su familia el notable testimonio que hoy presentamos. *Entre los ríos* es un libro apasionante de principio a fin, magníficamente escrito, con fibra narrativa y honestidad documental, cuyo dictado esencial proviene de las voces de sus padres y hermanos. Tal vez los primeros trazos nacieron de la mano del padre quien, todavía con el corazón lacerante, redactó aquella carta desgarradora que exigió se publicara en *La Prensa*, diario que unos días antes había impreso una foto de perfil del poeta con la leyenda "La mala semilla. Javier Heraud Pérez". Entiendo que la protesta de su padre fue el origen de este precioso trabajo.

Luego la mano sagaz y paciente de Cecilia, quien, casi por encargo, en una familia de encomiables legados, asumió el compromiso de escribir cientos de páginas con la mayor dignidad humana y artística. Pues no se trata de una relación desangelada y sin pulso de hechos tremendos ni de una sencilla exploración en procura de causas y azares; menos aún de justificaciones razonables. Tampoco se trata de una investigación iniciada en la década de los ochenta, como humildemente notifica Cecilia en las páginas preliminares, sino de una observación prolija y reflexiva desde el instante mismo que se producen los acontecimientos. Acaso el acento de mayor conciencia compositiva se evidencia cuando ella registra con la minuciosidad de una aplicada reportera el viaje que hizo con su padre a Puerto Maldonado en noviembre de 1963. Cecilia no había cumplido aún los veinte años.

Javier Heraud se fue a La Habana a estudiar cine y es curioso que el libro respire una cadencia de cine documental, con una estructura circular, tan estimada por la sintaxis cinematográfica. Además de la porosidad de su textura, pues si bien hay una voz narrativa que conduce el desarrollo de la historia, es una voz dialogante y respetuosa que invita la presencia de otras voces. Son de familiares, amigos y testigos. En realidad de muchas voces que parecen surgir de las sombras, pues pertenecen a tiempos y espacios diversos, pero con la ductilidad para integrarse en la trama y enriquecer el relato. Incluso los epígrafes que abren cada uno de los capítulos —versos de Javier— dotan de un temple coral que lejos de debilitar la historia troncal fortalece el armazón y adensa la atmósfera, haciéndola más íntima y crepitante. Este trabajo de soldadura es uno de los méritos más altos del libro.

De los trece capítulos que componen *Entre los ríos*, el capítulo titulado "15 de mayo de 1963" —día del asesinato del poeta—, es el que abre esta crónica literaria que intensifica su emotividad paso a paso. Por momentos, incluso, nos desborda el dolor. Cecilia narra con energía y detalle el recorrido por Puerto Maldonado, que era entonces una ciudad pequeña y muy precaria, sin veredas y con muchas cantinas, alumbrada de noche por una luz tenue y donde el agua era una fuente segura de infecciones. Las chozas estaban

construidas sobre pilotes de madera, no tenían puertas. Las costumbres y el comercio eran actividades menesterosas o ilegales, los curas tenían un cine y una radio. También realiza una investigación precisa para arribar a Puerto Maldonado, un itinerario con escalas de alto riesgo que desemboca en el escenario donde Javier Heraud irá a morir. Las fuertes e inevitables imágenes que el lector proyecta en su interior tienen vital importancia para el desarrollo del libro: revelan la indigencia y el desamparo de una ciudad del interior, capital de departamento; manifiestan la desidia del Estado y las conspiraciones de la iglesia, junto al desconcierto y el terror político que se vivía aquellos años en el Perú ante cualquier levantamiento popular. En medio de esas condiciones erizadas, extraviados en la boca del lobo, una columna de muchachos sin guía ni protección sueñan iniciar unas acciones revolucionarias.

Nada falta para que la suerte del héroe esté echada. Él no ha dado la muerte a nadie, ha dado la vida por muchos de nosotros. Es el paradigma del combate de la minoría por el bienestar de la mayoría. Yo creo que la sensibilidad social de las promociones poéticas —las del sesenta, setenta y ochenta— no hubieran sido las mismas sin la presencia repentina e incandescente de Javier Heraud. La trascendencia de su acto inseparable de poeta y combatiente ha sido inmensa. Es un trébol de cinco hojas en la maleza de nuestra

vida republicana, planta que ha sido regada con el agua de los afectos y la serenidad de su hermana Cecilia:

*Quiero que salgan dos / geranios de mis ojos, de / mi frente dos rosas blancas, / y de mi boca / (por donde salen / mis palabras) / un cedro fuerte y perenne, / que me dé sombra / cuando arda por dentro y por fuera, / que me dé viento cuando la lluvia / desparrame mis huesos.*

Cecilia ha resistido con integridad a las embestidas ideológicas de medio siglo y ha exhortado con discernimiento en cada palabra que ha escrito de este libro, que la más alta voluntad del ser humano consiste en hacer el bien. Javier cumplió con creces ese cometido. También la familia de Cecilia

nos muestra el camino honrado: su marido carpintero, sus nietos estudiantes, su hijo artista. Ella misma fue maestra de escuela, como fueron maestros Javier y su padre. Oficios probos, humildes. La lectura de su libro nos recuerda que el mayor deseo de su hermano fue que al morir “aunque sea una pequeña escuelita llevara su nombre”. *Entre los ríos* es una ceremonia que amalgama diversos géneros literarios —se entrelazan la poesía, el ensayo histórico, la crónica periodística, el relato de aventura, la poesía— para erigirse como un libro imprescindible, inquisitivo y redentor, porque además de ser hermoso como una espada en el aire es también una advertencia moral: tenemos una misión solidaria en el mundo y toda trinchera de lucha ha de ser siempre un lugar de amor y sacrificio.